



leyendo noticias de la guerra

pais se siembra el frijol blanco y no hay verdadero cultivo de extensión, que permita apreciar promedios de productos.

Pero en el Brasil y en Venezuela, en donde el cultivo se hace con regularidad, calculan los expertos una producción de 1.200 a 2.000 kilogramos de frijoles secos, por hectárea, cantidades que suelen subir, en épocas buenas, a 2.500 y 3.000 kilogramos.

El Boletín del Ministerio de Agricultura, de la Argentina, dice, a propósito de las ganancias obtenidas en el cultivo de frijoles en aquella República:

«En algunas localidades, situadas a menos de 100 kilómetros de la capital federal, se han conseguido ganancias tan elevadas que llegaron a pagar el valor de la tierra». Y eso fue antes de la guerra mundial (1913), cuando el frijol no pasaba de diez centavos la libra, lo que

indica que además de buen rendimiento de cosechas ha existido un consumo en grande escala.

El frijol es un alimento de primera clase y la demanda que tiene es ya casi universal.

Boussingault hizo el siguiente análisis del grano:

Sustancias azoadas	26.9
Almidón y dextrina	48.8
Sustancias grasas	3.0
Celulosas	2.8
Sales minerales	3.5
Agua	15.0
	100

Es, pues, cultivo redentor y debemos ampliarlo y perfeccionarlo.

Nos falta advertir que el gorgojo ataca los granos con rapidez y voracidad alarmantes, por lo cual es preciso desgranar el frijol pronto, asolearlo o ventilarlo unos dos días y despacharlo inmediatamente después. Esto como regla general, pues

nuestros agricultores en pequeño — que son los más — no están en condiciones de aplicar los procedimientos que vamos a indicar a continuación y que han producido magníficos resultados en los Estados Unidos, en Cuba, Brasil, etc. Existen dos sistemas para combatir el gorgojo en el maíz y en el frijol. El primero consiste en la aplicación de calor, por medio de hornos, con lo cual mueren los insectos antes de que sean aptos para la pasmosa reproducción que les es peculiar (cada hembra pone más de 4.000 huevos, según observaciones del ingeniero agrónomo Baldassarre). Pero eso requiere aparatos costosos y nos queda por conseguirlo de imposible aplicación a la mayor parte de los colombianos. Tal vez les sea

conservarme en su servicio, una vez que me declaró cosa suya. Es probabilísimo que hubiera tratado de venderme no mucho después de terminada la guerra; pero un suceso que voy a referir le inspiró tal cariño hacia mí, que en mucho tiempo no miró siquiera como posible el renunciar a mi posesión.

No he conocido campesino ninguno que, al oír ruído de cazadores o de cualesquiera personas que persiguen una pieza de caza, sea venano, conejo o armadillo, no sienta invencible sobreexcitación y no abandone cualquier faena o entretenimiento, bien para tomar parte en la cacería, bien para ver su resultado.

Cierto día alcanzó D. Bernabé a oír ruidos y voces que le llevaron a entender que, por una colina cercada a su casa, se iba persiguiendo a un zorro. Oír aquello, montar y hacerme partir a carrera, todo fue uno. Cuando llegamos a la cumbre de la colina, ya el zorro y sus persiguidores la habían traspuesto; se habían metido entre malezas, al pie de la eminencia.

Continuará

miento. La paz ha venido, me dije; y me afirmé en esta dulce creencia cuando vi muchos caballos paciendo sosegadamente en las dehesas.

Al llegar a la plaza del pueblo en cuyos términos radicaba la estancia de D. Bernabé, fué éste detenido por varios vecinos que estaban tertuliano en cogrillo.

—¡Caramba, exclamó uno, caramba con el patoncito en que se ha armado D. Bernabé!

—¡Así si es bueno ir a guerrear! añadió otro.

—Ese mocho, agregó un tercero, se lo cogió mi compadre por lo menos a un General.

—Nada, nada, les contestó mi amo, con una sonrisita socarrona. Si este caballito se lo había comprado yo a un señor chiquiquireño; y con míos trabajos lo hemos tenido escondido todo este tiempo.

—¿Y cómo le fué de campaña, padrino? Por aquí dijeron que Vd.

había sido de los derrotados en...

—Enredos, enredos. A mí si me tuvieron allá unos días, es que para que les sirviera de baquiano; pero con las mojadas me picó el reumatismo y me tuve que retirar.

Cuando íbamos alejándonos del corrallo, alcancé a oír que uno de los tertulianos decía:—A mí no me la mete el viejo: el caballo es quiteño.

—O quién sabe si será topacio," concluyó el compadre.

D. Bernabé siguió montándose, y siempre se mostraba satisfecho de mis servicios. La señá Píoquinta me montaba también, ya para ir al mercado, ya para concurrir a la misa parroquial en aquellos días festivos en que tocaba a su marido quedarse cuidando de la casa.

El precio en que podía estimarse me era demasiado considerable para que D. Bernabé, que vivía modestísima y económicamente, se decidiera a